

Revista extranjera

Como era de esperar, los católicos han ganado las elecciones en Bélgica, y como era de esperar también, su derrota les ha sabido a cuerno quemado á los liberales-socialistas. Si hubiese sucedido al revés, los católicos se habrían resignado, acatando la voluntad del cuerpo electoral, pero en algo se ha de conocer que los católicos no son en Bélgica como los liberales. Estos representan la más aborrecible de las tiranías y en aquellos encarna el respeto al derecho de todos y el principio de igualdad ante la ley.

Los liberales y socialistas al ver que perdían han tenido á bien armar bronca y se han echado á la calle, provocando con sus amenazas la intervención de la fuerza pública. Hay y habrá huelgas, barricadas, algunos muertos y heridos, miseria, prisiones y demás beneficios de esos que los obreros deben con tanta frecuencia á sus pastores y zagales, pero sería no conocer á los católicos belgas suponer que han de intimidarse ante esa actitud revolucionaria de los que apelan á la violencia para alcanzar el poder que no han podido conseguir legalmente. Esa agitación pasará, y continuarán gobernando los que vienen haciéndolo desde 1896, con gran contentamiento de la mayoría del país y provecho de la nación, en todos los órdenes.

Los belgas se acuerdan no solamente de nuestro gran Duque de Alba sino que tienen presente también el régimen liberal á cuyo amparo se perpetraron en el año susodicho las matanzas, saqueos é incendios de Lieja, y están resueltos á no dejarse matar, saquear y quemar de nuevo y por eso votan contra los liberales y los socialistas. Naturalmente que ahora gritarán, escandalizarán, alborotarán, pero contra tales cosas está la fiera característica de los actuales gobernantes, profundos conocedores del paño de los sediciosos.

No quiere decir eso que deje de tener importancia el encono de los liberales-socialistas contra los católicos, pero no es el aspecto interior, sino desde el punto de vista extranjero. Aunque haya liberales flamíngantes y católicos walones, con todo, puede decirse que en globo, preponderan los flamíngantes entre los católicos, dueños de la parte Oriental, mientras cuentan los liberales con su mayor número de adláteres en las provincias del Oeste, de lengua francesa. Y este dualismo podría con el tiempo ser fatal á la nación que tiene precisamente por lema «La Unión hace la fuerza». Gracias á esta unión, pudieron católicos y liberales, estrechamente confundidos, sacudir en 1830 el yugo de Holanda. Si ahora se dividen, no solamente en dos partidos políticos sino en dos fracciones sociales corren peligro de que venga un tercero y se repita la fábula de los dos conejos.

La victoria de los católicos ha superado todas las esperanzas y se puede ya contar con otro quinquenio en el poder, y será el sexto sin interrupción. La derecha católica contará en la Cámara de diputados con 101 sitios; los liberales con 44 y los socialistas con 33. Han sido elegidos además 2 demócratas cristianos. El ministro Moeville contará, pues, con 16 votos de mayoría, mucho más que suficientes para gobernar con todo desembarazo.

Según parece las oposiciones concentrarán todos sus esfuerzos en la reforma de la ley electoral, y acabar con el voto plural para practicar el sufragio universal en bruto, pero no es menester decir que será en vano. En Bélgica no hay ambiente para trastornar de tal manera la Constitución. Contra las masas mineras de Mons y Charleroi existen las sólidas comunidades agrícolas y los grandes intereses creados de Gante y Amberes. En Inglaterra manda Londres, en Francia, París; pero en Bélgica cada ciudad piensa por cuenta propia y el principio municipal se conserva aún en toda su gloriosa energía de otros tiempos.

Como pueblo laborioso, trabajador, activo, necesita mucha libertad, y ya saben los belgas que la perderían el día que subieran los liberales.

Italia hará de se, exclamando jactanciosamente el conde de Cavour, expresando con ello que el joven reino se bastaba para llevar adelante sus planes, sin necesidad de concurso ajeno. La afirmación se ha realizado con creces, y no solamente Italia hace de se, sino que tiene á toda Europa con el alma en un hilo; tal un endiablado marinerito que estuviese disparando cohetes junto á la escotilla de la santabárbara.

Se la advirtió que no atacase la Turquía europea y lo ha cumplido, pero después de meterse en la Turquía africana se va apoderando ahora bonitamente de las islas de la Turquía asiática, mientras llega la hora de epantarse á Esmirna. Había una Creta que daba barto que hacer y habrá ahora todo un archipiélago de Crete-citas.

Realmente Italia ha demostrado saber enredar como nadie y ha puesto en un brete á todo el mundo.

Alemania protegía á Turquía, pero si se indispone con Italia, pierde un valioso auxiliar en el Mediterráneo, y habrá que dejarla hacer, por más que duela jugarle tan mala partida al otomano.

Rusia desearía romper el tratado que

la prohíbe el paso de sus escuadras del Mar Negro por el Bósforo y los Dardanelos y sin embargo, tal libertad quedaría anulada siendo Italia dueña de las islas que dominan el antiguo Helesponto.

Austria exigió que no atacaran la Albania, pero con sus bombardeos y desembarcos ha excitado los ánimos de aquellos montañeses, y si los albaneses se levantan harán lo mismo los macedonios. Podría un día tal vez Austria hacerse dueña de Salónica, pero se encontraría con que Italia tiene ocupadas todas las islas orientales del Archipiélago.

Francia recela de que Rusia no se entienda con Italia,—una de las naciones de la Triple;—Inglaterra ve amenazada sus intereses de Levante.

Así se comprende que las grandes potencias no se atrevan á hacer nada, ni se arriesguen á celebrar la Conferencia que han propuesto algunos para resolver las diferencias turco-italianas. Entretanto, esas victorias nava-terrestres sobre el turco se les han subido á la cabeza á los descendientes del piadoso Eneas, y todo es entusiasmo y afán de gloria desde los Alpes hasta el mar Jónico.

En breve la escuadra italiana dejará tamañita en dreadnoughts y superdreadnoughts á la escuadra francesa; el año que viene contará con una primera escuadra de cuatro dreadnoughts, de 19.500 y 22.000 toneladas (Dante y los tres Cavour); ha comenzado la construcción de dos buques de 23.000 toneladas (Doria y Duilio) y se va proceder en breve plazo á la construcción de seis unidades de mayor tonelaje todavía.

Por el esto no bastará para inquietar á Inglaterra, Austria también construye en Pola cuatro dreadnoughts de 20.831 toneladas, flotando ya dos sobre el agua (Viribus Unitis y Tegethoff), y se dispone á construir otros cuatro de 26.000 toneladas.

Esto ha alarmado á los ingleses y de ahí las visitas de sus ministros á Malta y á Bizerta, y las demandas de refuerzos que solicita de la metrópoli el Residente de Egipto lord Kitchener.

Puede decirse, pues, que el Mediterráneo está pronto en poder de Italia y Austria, y como Alemania no deja de aumentar su formidable marina en el mar del Norte, se comprende el mal rato que está pasando la soberbia Albión, que en su preocupación del peligro germánico ha llegado á pensar en una alianza con Francia para encargarse á ésta el cuidado de defender por sí sola el Mar Latino; pero además de que los franceses no cuentan, ni de mucho, con fuerzas suficientes para tal menester, ya dicen que lo que á ellos les importa no es que Inglaterra conserve el dominio del mar, sino que les mande 100.000 ó 150.000 hombres, en caso que estalle una guerra con Alemania, y eso es imposible.

Es de creer que por ahora continuará la paz armada; que Alemania no invadirá á Francia, por ser siempre un negocio arriesgado toda guerra y que tampoco se liarán á cañonazos los acorazados británicos y germánicos, más no por eso está menos erizada de peligros la situación á causa de la guerra italo-turca. Italia lo sabe y por ello, ante las complicaciones que podrían surgir, ejerce presión para que se obligue á Turquía á cederle Tripoli, pero sabe también Turquía que si se intenta su reparto va á arder el mundo, y por lo mismo se sostiene.

Suponen algunos que el desenlace será una inteligencia para deslindarse el territorio otomano los tres imperios del Norte, pero aun siendo así, recordemos el reparto de Polonia y las guerras que luego sobrevinieron entre Austria y Prusia, así como la campaña, entre esas dos naciones también, consecutiva al despojo del Sleawig Holstein.

Los valientes magyares están dando unos espectáculos parlamentarios que añaden el ánimo de los amantes del nunca bien alabado sistema. El proceso recuerda algo de nuestros payeses de remensa. Valiose de ellos el rey de Aragón para frenar á los barones feudales catalanes, y de la misma manera apeló el emperador Francisco José al elemento popular, prometiéndole el sufragio universal, para tener á raya á la aristocracia. Esta cedió, reconciliáronse la corte y los nobles trau-leitbanos, y los no magyares, los que sufren la tiranía húngara, los alemanes de Transilvania, los croatas, los eslavos, los serbios y demás eslavos que pueban el antiguo reino de San Esteban se vieron preferidos.

Así las cosas, hubo de manifestar el jefe del Gobierno, señor de Lukacs, que en otoño presentaría un proyecto de reforma electoral, sobre el principio del sufragio universal, ligeramente restringido, pero á condición de que ahora mismo se votasen los proyectos de leyes militares, en virtud de los cuales se aumenta el efectivo en 36.000 hombres.

Las oposiciones, que no tienen nada de común con las de nuestro Congreso, se han negado á tales tratos y de ahí las lamentables escenas de que tienen perfecto conocimiento nuestros lectores.

Esos diputados de Hungría podrían tomar ejemplo de los anarquistas alemanes. Estos acaban de celebrar un Congreso en Berlín, con permiso de la autoridad competente, y las sesiones han sido dignas de un monasterio de cartujos. Nada de estrididos. Los congregistas,—que eran 200,—

se han lamentado de que nadie les haga caso y de no tener dinero; parece que, en efecto, algunos secretarios, poniendo en práctica las teorías de Proudhon sobre la propiedad se ausentaron con las cotizaciones que había en caja, de suerte que los asambleistas sólo pudieron disponer de 400 marcos para los gastos y hubieron de pedir á sus enemigos irreconciliables, los socialistas, que les dieran hospitalidad en su casa de los Sindicatos. A.

Cotidianas

En la superficie tranquila del estanque, como aplicadas á un cristal, perfilan las hojas acorazonadas de los nenúfares, y aquí y allá emergen las florecillas blancas. El surtidor aparece engalanado. Se le dotó de un cesto de mimbre repleto de claveles blancos y de claveles rojos, y entre ellos se yergue impetuoso el delgado chorro, en lo alto del cual voltea sin cesar el blanco huevo, mientras el agua forma como un abanico de perlas en su rededor. Sube, baja, vuelve á ascender, y nunca deja de girar, y el agua que no mantiene arriba, al dar con él, se desparraña al acariciarlo, y quedamos caídas las plantas vecinas. En alguna ocasión, la fuer en el blando cogin de los clavos; pero el agua no se conuola, y con energía lo recobra, y lo sube de nuevo á la cima, donde torna á voltearlo triunfalmente. Y así el agua alardea de su poder, y así la cascara, un punto marfillea, dice su humildad y poquita cosa.

De fuera llegan, confundidos, sonos de clarines y músicas militares, y con ellos se mezcla la melodía de las campanas de las iglesias.

La tarde va recogiendo la luz. La paz del jardín aumenta. Se acaba por recibir la impresión del silencio de aquella soledad, y por tener presentimiento de una multitud que se apretuja lejos de aquel recinto, donde no se mueve ni una hoja de las enfermas magnolias, ni una rama de las esthiestas palmeras, que están desecadas de atisbar por sobre de las construcciones vecinas.

El hueso sigue bailando á merced del surtidor, y por debajo de las superficies del estanque cruzan los peces de colores, fruncida la boquita, moviendo las sutiles aletas de plata, contoneándose con contones de juvenicia á quien por vez primera se echa un requiebro.

Al salir á la calle, el ambiente regala con visos de perfumes: huela á ratama, á cera, á incienso.

SILVICO

CARTAS DE UN FILÓSOFO RÚSTICO

Sobre un punto de sociología literaria

Amigo y dueño: El verdadero homenaje á Menéndez y Pelayo debe consistir en facilitar la lectura de sus libros no sólo en las bibliotecas y Ateneos, sino en el silencio y en la paz del hogar; tenerla, poseerla como obra de lectura y de consulta y poder gozar de ella placidamente, sosegadamente, sin las preocupaciones de la hora y las angustias de la prisia. Es el favorecer la posesión del libro, esto sería lo ideal; la formación de la pequeña y selecta biblioteca casera, en cuya lectura se aprovechan hasta los minutos.

Nosotros, los modernos, hemos estado conspirando contra el hogar en todos los órdenes y por todos los estilos. En todos los órdenes hemos destruido el hogar y el pequeño núcleo y hemos cometido el error enorme de fundar una porción de cementerios. La biblioteca en la capital, formada muchas veces con las bibliotecas de los conventos comarcanos; el museo en la capital, formado con los tesoros conventuales de los pueblos; y luego hemos echado al hombre de su hogar para meterlo en el casino, en la academia, en el centro, el terrible centro y así como en el orden económico hemos destruido el oficio y la pequeña industria, en todos los órdenes hemos minado los pequeños y eficaces núcleos del saber y del arte. Enemigos del hogar hemos sido y es necesario que volvamos á él.

Menéndez y Pelayo mismo nos ha dado una lección: él, director de la gran Biblioteca Nacional, iba formando su hogar intelectual, su biblioteca, y por fin la ha legado, no al Estado, sino al Ayuntamiento de Santander.

Creáme usted, amigo mío: es necesario volver al hogar, es necesario facilitar la formación de las bibliotecas familiares, es necesario proveer á la formación de las inteligencias, no con el libro novísimo y en boga, sino con los clásicos y con los que vayan viniendo después.

Pero hasta que no se haya conseguido esto ábranse esas bibliotecas todas las horas del día y muchas de la noche, ábránlas los Ateneos para todos, por lo menos para los estudiantes, que el ser estudiante sea por sí mismo título para el pase libre á todas las fuentes del saber, donde las haya.

Y los que tienen dinero, los que pueden y deban favorecer la ilustración de estas generaciones venideras, que no se les ocurra fundar más bibliotecas. Ya basta de cementerios. Que compren libros, muchos libros de los buenos y que los regalen, que los regalen á los estudiantes pobres ó menos ricos, regálenlos á quien quiera que tenga hambre de saber, regálenlos, espáranlos. Si sus sospecharlo, irían formando los donantes, no una sino cien bibliotecas, porque esos libros, donados así, no pertenecerían enterrados: irían formando biblio-

tecas más aseguibles que las públicas, pues los amigos se prestan los libros y los parientes los heredan y los perezosos y necesitados los venden y cuando los venden alguien los compra y cuanto mas baratos los dan más pronto hay quien los adquiere y el que tiene un libro propio lo lee y además lo á leer.

Llevemos la caridad del libro bueno á todos los hogares y con ello fomentaremos el amor al hogar y el afecto á la propiedad y reñiriéndome, como me refiero, á los libros de Menéndez y Pelayo, ¡qué magnífico homenaje el de esparcir su obra entre los jóvenes intelectuales á bajo precio, á plazos, de balde, á ser posible! Que lo que no se ha hecho jamás, que yo sepa, se haga esta vez, que algo de lo mucho que les cuesta á los jóvenes la enseñanza se les devuelva en manjar intelectual tan exquisito como ese, que á cambio del tiempo que muchas veces se les hace perder, les devuelvan contenido en esa obra tan completa el tiempo que se les ha robado.

Manantial de saber y de ciencia española es el que corre caudaloso por los libros de Menéndez y Pelayo. Hagamos que la juventud española, toda entera, pueda acercarse á él los labios y se habrá hecho para la patria una obra digna del que á España dió los privilegiados frutos de su talento y de su amor durante toda su vida, desde la niñez hasta la muerte, sin descanso, sin cansancio...

Por el Lic. Pabillos: ANGELO RUIZ Y PABLO

Ecos de la opinión

Las catástrofes cinematográficas

EL PANICO

Demostráramos en nuestro artículo anterior, el por que es imposible en absoluto el riesgo de incendio en la cabina, como lo es asimismo el riesgo del laboratorio del proyeccionista, y teniendo esto presente, debemos buscar la manera de instalar la cabina de proyección lo más lejos posible de la sala de espectáculo, ya que el pánico que se apodera del público nace de que éste ve perfectamente los llamadas de la celuloides ardiendo, produciendo los mismos desastrosos efectos en todos los locales, pues en aquellos momentos nadie se acuerda de si el local afectado tiene las suficientes puertas, pasillos, bocas de fuego y demás. Cada cual piensa en ponerse en salvo y centuplicar sus fuerzas para conseguirlo, aun á costa muchas veces, de la salvación de sus queridos.

Hay, pues, que ir directamente á evitar que el pánico se produzca, y esto no se conseguirá en tanto se permitan las cabinas en las mismas salas del público.

En Barcelona tenemos un ejemplo reciente: el del teatro del Tinto, local amplio, con muchas puertas de salida á la calle. En este local, la cabina está instalada, como en todos los cinematógrafos de Barcelona, en la misma sala, pero á un lado y sin estorbar para nada la salida; pero hay galería, ancha, por cierto, y las escaleras de acceso á la misma sala de la anchura reglamentaria; pues bien, el público de las galerías, al iniciar el pánico, se precipitó por las escaleras, todo el mundo quiso bajar á la vez, y pasó lo que pasó.

Las sillas, butacas ó bancos, son un peligro complementario al del incendio, convirtiéndose, al derribarse, en una gran variedad de trincheras, donde quedan sepultadas y son, por lo tanto, pioteadas las personas que por su edad ó su sexo no pueden hacer valer la fuerza de sus puños.

Demos por sentado, pues, que mientras las películas sean inflamables, y las cabinas, aun siendo de hierro, se instalen en la misma sala de proyección, habrá catástrofes producidas por el pánico. Y pensar que en todos los cinematógrafos de Barcelona, á más de estar instalada en la sala del público, la cabina no es, en muchos, ni siquiera de obra, y para más colmo, en la casi totalidad de estos locales la techumbre es de madera y con el cuadro.

Por todo esto, decía que el señor La Clava, á pesar de sus buenos deseos, dictó un reglamento muy deficiente, y que, por añadidura, no se cumple desde largo tiempo.

Podríamos indicar locales, nuevos unos, que reúnen ni la mitad de las condiciones impuestas por el señor La Clava, y antiguos otros, en los que se han hecho reformas que suponen un ahorro sin estenderlo.

Suponemos que el señor Portela ordenará una revisión total y minuciosa de todos los locales de Barcelona por persona facultativa, y multará á las empresas que no cumplan lo estatuido, en tanto se resuelva algo práctico en este sentido, y que, según nuestro modesto criterio, debe partirse de la base esencial de prohibir las cabinas en las mismas salas del público.

Teniendo, pues, todo esto en cuenta, no podemos menos de sonreírnos al leer la afirmación rotunda de un buen señor que en un periódico de la noche decía ayer que el único cine en condiciones es uno existente en el cine más de Ensanche. Yo creo que en este asunto es más prudente no particularizar, por dos razones: la primera, porque no se debe desear hasta el extremo de hacer el reclamo de una empresa; y la segunda, porque al hacerse de un local como el mentado, en que quizá está, y se podría demostrar, en peores condiciones que los demás, se cae en lo grotesco.

Nos permitimos, pues, pedir al señor ministro de la Gobernación ordene á las empresas instalen las cabinas fuera del teatro exterior de la sala de proyección y sin que les una á éstas nada más que el cono de zinc, protector del foco eléctrico. Si así se hiciera, no existiría el menor temor de pánico ni de incendio del local, y creemos que bien vale la pena de exigir esta garantía á las empresas, que no podrán alegar en contra más razón que la que supone perder unos cuantos metros de sala, destinados á sillas para el público.

La seguridad personal del público está muy por encima de los intereses particulares de las empresas.

F. PASCUAL MONTORO